

ABERRACIONES (EDICIÓN REVISADA 2019)

Alberto JIMÉNEZ URE

Alberto
JIMÉNEZ
URE

ABERRACIONES
(Novela)

ALEPH *universitaria*
2015

Capítulo 1

https://es.wikipedia.org/wiki/Alberto_Jiménez_Urehttps://es.wiki2.org/wiki/Alberto_Jiménez_Ure
[la.facebook.com/jimenezure](https://www.facebook.com/jimenezure)<https://twitter.com/jurescritorlbertoJIMÉNEZUREABERRACIONES>
universitaria019Portada de la II EdiciónI]Federico Flavios [bigotes en semicírculo,nariz perfilada, cara alargada y tez ocre]desajustó la correa que sostenía su pantalónde lino, se sacó el pene y lo acercó a la boca de su arrodillada hija. Priscila, de sólo quinceaños, permanecía extática. Los redondos e hinchados ojos de su padre, propensos a la conjuntivitis, parecían las ventosas de un gusano sobre el cuerpo blanco, terso y bien formado de la chica. La neblina se filtraba por las ventanas cuando él, jadeante, tomó la mano derecha de ella y la condujo, suave, hasta el tronco color amarillento que pendía entre sus piernas. Perturbada, Priscila no puso resistencia ante el mandato y succionó.



Presa del estupor y después de varios segundos, la joven chupó con mayor efusión y Federico eyaculó. Cual si desearan perpetuar el placer, los jugosos labios de Priscila trabajaban sin descanso mientras que su lengua saboreaba la última gota de espermatozoides. Por un instante, volvió a su remota infancia: Ninoska, su madre, se apretaba con los dedos los senos para procurarle más leche.

Proveniente del garaje, un ruido lo interrumpió. Federico supuso que Ninoska había llegado. Empujó a su hija y se subió el humedecido pantalón. Priscila, vestida con su uniforme escolar, huyó a su alcoba.

La puerta que comunicaba al estacionamiento con la sala se abrió y Ninoska, oculta en un traje azul bordado, surgió. Un ajustadísimo cinturón de piel [negra] exageraba su envidiable figura. Su mano izquierda portaba un pequeño maletín forjado en cuero de chivo. ¿Cómo van tus asuntos en La Capital? –malhumorada, inquirió la mujer a su esposo–.

¿Acabas de llegar?

-Hace una hora –parco, respondió Flavio–.

Todo está perfectamente...

Camino a su dormitorio, Ninoska se detuvo frente al retrato del General Temístocles Flavio. Colgaba en el corredor que enlazaba las habitaciones. En tono irónico, leyó la historia impresa en la parte inferior del barroco marco: «Este óleo del excelentísimo General Flavio, ex-gobernador de Meseta Alta, segunda ciudad de la República de Pathos, fue pintado por Josué Fisgón durante el año 1888. Derrocado y asesinado por El Bribón en 1890, los restos de Temístocles fueron llevados al Panteón Nacional donde actualmente yacen» Con sorna, Federico Flavio la escrutaba.

Empero, sin dar un paso más, ella volteó y sus ojos mostraron asco por el hombrecillo de pequeño hocico que los registros civiles denominaban su cónyuge.

-¿Por qué me miras de ese modo? -molesto, indagó Federico.

Ninoska –de sólo 42 años, piel rojiza, ojos azules, cabellos rubios y ademanes exquisitos– lo ignoró y prosiguió hacia su habitación. Furibundo, Flavio la vio alejarse.

El frío hostigaba y el sol apenas salía.

Rumbo a su cubículo, la señora Ninoska Verdugo pasó por la alcoba de Priscila y escuchó «quejidos». Se preocupó: pero, sin embargo, se abstuvo de averiguar la causa de tales. Luego le hablaría. Federico se levantó del sofá e igual fue a su recámara. II] Un poco alejada del resto, La Cimarrona

seerigía al centro de cuatro pinos. Detrás, unamontaña de cincuenta metros amenazaba consus frecuentes deslizamientos de rocas. Laconstrucción era de estilo colonial. Edificadadurante el mandato del General TemístoclesFlavios, quien tuvo cuatro vástagos, semantenía formidablemente intacta. Susdescendientes, venidos en partos de distintasamantes, eran casi todos varones. Albis, laexcepción, fue, simultáneamente, abuela ymadre de Federico. Polígama, incestuosa,malvestida y alcohólica, trajo al mundo alúnico escritor en la historia de la familia:según los majaderos de cafetín, es decir, ajuicio de los académicos y críticos oficialistas,al desquiciado Federico Flavios.is recámaras, cada una de las cuales poseíaun retrato del general, conformaban LaCimarrona. En la sala, simétricamente, dosmesas cubiertas con espadas daban un aspectode museo de antigüedades a la residencia.

Había un sofá de vidrio junto a cada mesa. Al fondo, ulterior al pasillo, un bar se entreveía.

El mobiliario del patio trasero estaba compuesto por cuatro sillas y un telescopio.

Una tupida vegetación –enredada en losramajes de un bucare– servía de techadonatural al traspatio. Gatos y pájaros condentaduras postizas solían corretear a losperros realengos que, hambrientos,husmeaban por las noches.

Por dos razones, La Cimarrona despertaba lacuriosidad de los lugareños y turistas: fue lacasa del decimonónico gobernadorTemístocles y era habitada por FedericoFlavios, autor de la famosa novela La Logia.

Esa historia denunciaba cómo tres hombres sededicaban a violar y matar a menores de edadmientras filmaban las escenas. Secretamente,ndían las cintas a los numerosos fanáticosde una secta poderosa.

Flavios nunca permitió que los periodistas nisus editores o amigos lo visitaran en LaCimarrona. Sólo aceptaba que lo llamaran alaudiofonovocal móvil. Se reunía con ellos enbibliotecas públicas, librerías, parques orestaurantes. Esporádicamente, viajaba aRoma, París, Madrid, Londres, New York yProvincia de Palmas Jamás. dictabaconferencias y sus opiniones literarias opolíticas suscitaban insólitas polémicas. Porhaber publicado La Logia, fue procesado enun tribunal y perseguido por sus colegas.

Tras esa púdica existencia, excesivamentecalculada en los asuntos sociales, sin losaspavientos comunes a la mayoría de losintelectuales, Federico guardaba cuanto losmenos escrupulosos purgaban en abiertapenitencia: una patología inimaginable, latesis de quien no conoce demarcacionesmorales. Pero: ¿No es –también– deshonestol apacible por

cuya causa el perverso incubao materializa sus ideas? - Así, Priscila, cómplice y sumisa a los requerimientos de supadre y Ninoska, una madre malhumorada y excelsa para el ocio y la ineptitud, fungían de protagonistas en este exaltado hospicio.

El alba sobrevino. E inmenso, el sol envió rayos que atravesaron la ventana y Priscila abrió sus ojos. Había dormido desnuda, con las piernas expuestas, y ahora su perro, un pequinés de rostro largo como los carajos de la costa, le lamía la vagina: habilidad y costumbre que durante siglos ha unido a los irracionales con los humanos. Y, la chica, con expresiones de dicha que surcaban su hermosísimo cutis, emitía inconfusos chillidos: «Más, quiero más, mi perrito lindo» - suplicaba -. Afuera, en bata de baño y cabizbaja, Ninoska golpeaba la puerta:

- ¡Despierta, hija! - con voz de matrona, exclamó -. Abre: necesito hablarte ...n ese momento, Priscila precipitó su orgasmo. Abofeteó a Bobo y se puso de pie.

Introdujo sus dedos por entre sus cabellos, se cubrió con una toalla y abrió:

- Buenos días, mamá - murmuró -. ¿Qué ocurre? La señora Verdugos de Flavios, desteñida, con un cigarrillo encendido y una taza de café, entró. Miró a Bobo, el perrito que, asustado, pretendía esconderse bajo las sábanas.

- No es conveniente que duermas con él - señalándolo, articuló Ninoska y bebió un sorbo del estimulante -. Podría transmitirte sus enfermedades.

- No me pidas tanto, por favor - en tono de niña mimada, rogó la muchacha.

Verdugos, sin dejar de curiosear, aparcó en uno de los ángulos de la cama. De reojo, Priscila la examinaba. Minutos más tarde, en silencio, colocó su cabeza encima de los muslos de Ninoska.

- ¿Aún tienes sueño? - investigó la madre. - No, no, claro que no - dijo la chica -. Estoy deprimida ...

- ¿Por qué?

- No tengo respuesta.

- Vaya, ¿no tienes respuesta?

- No, no, claro que no, mamá.

Callaron. Ninoska aspiró el humo del cigarrillo y acarició la cabeza de su hija. La cocinera se incorporó de nuevo y confesó:

-Leí la novela de papá...

-¿Leíste La Logia? Otra vez, callaron. Ninoska tiró la colilla a través del ventanal.

-Mamá –prosiguió Priscila–. ¿Puedo formularte una capciosa pregunta? Explícate –enunció su progenitora.

-¿Duermes con mi padre?

-No tenemos relaciones sexuales.

-¿Por cual causa?

-¿Dejarías de dormir con Bobo?

-No, no, claro que no. Pero, ¿por qué evades mi pregunta con otra absurda?

-No eludo. Piensa: ¿Sacarías a tu perro de tu cama? Sin pronunciar más palabras, Ninoska salió de la habitación y ejecutó pasos hacia la cocina. Estaba ansiosa por beber más café.

Allá se topó con Rosana, la madrugadora sirvienta. Era una mujer de mediana edad, extremadamente eficiente y fiel a la familia.

Preparaba las comidas, limpiaba La Cimarrona y lavaba la ropa. De Francesco FURINI III] Federico recibió un telegrama urgente de uno de sus editores. Fue Luis Montalva el autor del ultimátum postal: o le entregaba los originales de su reciente e inédita novela o le iniciaba una querrela judicial por incumplimiento. En pie de lo cual, tuvo el escritor que partir hacia una playa en busca de sosiego para revisar y culminar la ya negociada narración. Sin notificar a su familia, abordó su máquina de rodamiento y recorrió doscientos kilómetros hasta Provincia de Palmas: en cuyas playas le placía corregir sus manuscritos.



El sol, que implacable castigaba a losbañistas, semejaba una gran llama entre lasexiguas nubes. Flavios, obviamente distraído,disminuyó la velocidad de su automóvil yencaró a los vigías del conjunto residencial:Buenos días, señor –dobló la cerviz uno delos guardabienes–. Pase Ud. y disfrute de suasueto...

Mecánicamente, levantaron el obstáculo yFederico aceleró. Antes de llegar a su chalet,transitó por las ocho calles de la urbanización.

Al fin, metió su vehículo [un Lantigua deinvariable modelo] en el estacionamiento.

Cuando Flavios subía a la segunda planta porla escalera externa -de emergencia- loscangrejos salieron de sus escondrijos y loobservaron. La mayoría lucía dos colores:azul y rojo. Con sus tenazas levantadas, losiguieron. En el follaje de las plántulas decambur, también las iguanas lo escrutaban.

Al entrar a la casa, de inmediato advirtió losestragos del salitre en algunos utensiliosdomésticos. Hizo un inventario de objetospor reparar, sustituir. Afortunadamente, laresidencia había sido construida con maderade roble a la cual mantuvieron sumergida enceite de coco: de esa forma tratada,aumentaba su resistencia. Forjadas en bronce,las ventanas eran amplísimas. Cada una teníauna resistente malla [de acero inoxidable] queimpedía el libre acceso de los literatófagosvoladores y los zancudos.

Súbitamente, los cangrejos ascendieronmediante la escalera e irascibles intentarondestrozar la puerta y las mallas. Estupefacto,Federico se vio en la premura de hervir agua.

Minutos después, les echó el burbujeantelíquido. Aturdidas, las monstruosas criaturascaían al piso.

Para calmarse, el escritor agarró elaudiofonovocal y marcó el número del diarioLa Capital que dirigía uno de sus mejoresamigos. Le contestó una de las secretarias. Lepidió que lo comunicara con Tomás BioyCepeda:

-Soy Federico Flavios –se identificó–.

Columnista del periódico y amigo íntimo del director. Por favor, dígame que estoy al teléfono...

La chica consultó. Reapareció en la corriente telefónica y le habló con petulancia:

-Nuestro director asegura que no conoce a Federico Flavios. Además, en este diario no escribe alguien con tan fatuo apellido...

-Pero, señorita, es absurdo cuanto me dice –replicó, indignado, el novelista–. Oiga, yo...

La empleada cortó la comunicación. La furia invadió el cerebro de Flavios que, casi enceguecido, marcó el número telefónico de Luis Montalva.

-Hola, hola, ¿quién me llama?–interrogó el editor en su cuchitril.

-Soy Federico Flavios–apesadumbrado, repuso–. Necesito contarte algo.

-Perdone Ud., Señor: no lo conozco y estoy muy ocupado. No permitiré más diálogo, Montalva colgó el teléfono. Exasperado, Federico pateó la mesa del teléfono. Caminaba de un sitio a otro y bufaba. Se desplomó en el piso. De improviso, tocaron el timbre. Bruscamente, abre la puerta y ve a uno de los gendarmes privados en el umbral:

-¿Qué sucede? – investigó.

-¿Tiene Ud. autorización para ocupar esta casa, señor? –emplazó el vigilante.

-¿Estás loco o eres un estúpido?

-Esta casa no le pertenece –con severidad en su rostro, recusó el guardabienes–. Por escrito o oralmente, no he recibido información respecto a su visita.

Afuera, los rayos del sol hacían brillar las gotitas de agua hirviendo todavía encima de las caparazones de los cangrejos. El salitre cubría el parabrisas del automóvil y –ceremoniosas– las iguanas paseaban sobre la muerte. De Pierre BONNAUD [IV] en Meseta Alta, Priscila esperaba turno en el consultorio del ginecólogo y obstetra Esequiel La Papo. Preocupada por los repentinos vómitos y desapepeto de su hija, Ninoska la obligó venir.



-Déjame en paz –departía la moza. Ya pasarámi náusea...

-¿Perderías algo en una auscultación?–contradijo Ninoska.

Hacía frío. Nevaba en los picos más elevados,el reloj anunciaba las diez horas del día y lospacientes titiritaban. La secretaria llamó a laseñora Verdugos y le susurró al oído: «PaseUd. con la chica, doctora»Durante treinta minutos, La Papo auscultó aPriscila. Abrumada por su ya obvia sospecha,Ninoska perseguía los ojos de Esequiel.

Finalmente, su amigo se recostó en un sillón y–circunspecto–dictaminó:Lo lamento, Ninoska: tu hija estáembarazada...

Indiferente, Priscila miró al médico. Ninoskaapretaba sus esfínteres y sudaba trocitos dehielo. La Papo plasmó sus indicaciones en unpapelito que le extendió a Verdugos.

-Será conveniente que ella acate mis consejos

-rompió el silencio Esequiel–. Es muy joveny puede ser imprudente.

-Gracias por tu ayuda –se esforzó en sonreír laSeñora de Flavios–. Marchamos. Adiós.

El retorno a La Cimarrona fue tenso. Ninoskaconducía un Lantigua de montaña color verdeoscuro. Fumaba. Sin preámbulos, violó latregua con una interrogante inaplazable:

-¿Quién es el padre de tu hijo?

-No lo diré –explícita, respondió Priscila.

-Es menester que yo lo sepa.

-¿Por qué?

-Tengo un horrible presagio...No seas tonta, mamá. Lo importante

esdeterminar si lo dejo vivir...

-Opino que debes eliminarlo.

Priscila recordó una noche cuando Federico, agobiado por la ansiedad, irrumpió en su habitación: [Entra oculto en una bata de baño estampada con figuras de hojarasca. Un bulto levanta la tela a nivel de la cintura. Es un miembro grueso: prepucio áspero y bálano puntiagudo.

Los testículos: desproporcionadamente grandes.

Acostada sobre un magnífico colchón de goma espuma, ella devela su cuerpo que, bajo la cobija de seda, resguarda su virginidad.

Flavio muerde sus redondos y paraditos senos. Tierno, el hocico reptil del hombre lame y chupa una vagina de anaranjados labios vulvares y tupido Monte de Venus. No hay agitación. Federico le unta una crema espermaticida. Segundos después, sin violencia y tiernamente, la desflora.

Temerosa, la chica se da la tarea de quitarse los residuos de semen y de lubricante artificial visibles en la cobija. Los movimientos del intelectual fueron casi imperceptibles: quiso disfrutarla plena y lentamente. Priscila, supraexcitada, lloró un llanto de placer infinito. Sus uñas se encarnaron en la espalda de su padre. Durante horas, se apretujaron. Un gallo cantó y el fervor se transformó en pánico. Flavio huyó.

El coche antiguo se detuvo frente a La Cimarrona y –torpemente– Ninoska sacudió la pensativa Priscila.

-¡Despierta! –le gritó.

-No seas burda, mamá –protestó la chica.

Atravesaron el umbral de la puerta de estacionamiento. Descendieron del vehículo y recogieron del piso dos urgentes telegramas.

Uno despachado por Luis Montalva, el editor de Federico; el otro fue expedido por Tomás Ioy Cepeda, dueño y Director del Diario La Capital. En circunstancias no descritas, las misivas informaban sobre el fallecimiento del escritor. De Francesco FURINI [V] a infausta noticia no conmovió ni a Ninoska ni a Priscila. Incluso, continuaban con sus rutinas de rutina. Ulterior al hallazgo de los telegramas, hubo que hacer diligencias funebres: sin duda bochornosas más que penosas, las tareas fueron encomendadas a la sirvienta.



Gracias a las influencias de Montalva y BioyCepeda, los funcionarios policiales trajeron con prontitud el cadáver de Federico Flaviosa La Cimarrona. Rígido, embalsamado y con musgo en las orejas, el escritor venía callado y desnudo en una bolsa plástica. En el tórax engraparon una fotocopia certificada del Acta Forense. Helo aquí: «Yo, Plutarco Aguafiestas, médico adscrito al Departamento Forense de Provincia de Palmas, declaro que he practicado la autopsia al cadáver de Federico Flavios. Novi hematomas en parte alguna del cuerpo, tampoco orificios de bala ni incisiones anas. No sufrió infarto, ni paro respiratorio por obstrucción [provocada o por deficiencias físicas naturales] del conducto traqueal. Su hígado, páncreas, intestinos, pulmones y demás órganos vitales no ostentaron lesiones. Tenía un enorme diamante por cerebro».

Priscila leyó el documento y descubrió –enrolladita en una de las fosas nasales– una factura por concepto de embalsamamiento.

Apurados, los de la Policía Nacional bebieron café y se despidieron. Montalva y BioyCepeda –quienes se presentaron casi al mismo tiempo que los repartidores de muertos– ofrecieron sus condolencias a Ninoska. En vuelo atropellado, varias codornices sobrevolaron la sala donde los vivos y occiso recibieron sus excrementos. El incidente –extraño, grotesco y cómico– no logró cambiarles la seriedad de sus rostros.

Con un lente ojo de pez [que igual fue salpicado de estiércol], un fotógrafo del Diario La Capital captó las escenas. Solicita, osana les obsequió servilletas. Modositos, los visitantes asearon sus caras y ropas.

–La Policía Nacional investiga las causas del fallecimiento –incómodo, promulgó BioyCepeda–. Ellos cuentan con un especializado equipo de pesquisas...

–Ojalá dilucidan el caso –disertó Luis Montalva.

–Sólo en virtud de arbitrarias formulaciones legislativas, existe el crimen –tras mostrar una muñeca deleznable, habló Priscila–. El diamante encontrado en su cavidad cerebral prueba que mi padre fue un

brillantehacedor...

Ninoska, Bioy Cepeda y Montalva voltearon a mirarla. Intimidada, la joven marchó a surecámara.

–Sería provechoso para ella que se dedicase a escribir sus ideas –medio sonreído, recomendó el editor a Ninoska. El nombre del Diario La Capital, Bioy Cepeda repitió su pénsame. Montalva y el fotógrafo lo imitaron. Ninoska los acompañó hasta la calle y –segundos después– regresó para enclaustrarse en la biblioteca. Pasó el resto del día con su vista clavada en el óleo del general Temístocles Flavios, bisabuelo de su fenecido esposo.

La sirvienta, por instrucciones de Priscila, respondía las llamadas telefónicas y agradecía las fastidiosas «condolencias». Asimismo, Rosana tenía orden de no permitir que los curiosos entrasen a La Cimarrona para ver al novelista en el féretro.

[VI] una rendija de la entreabierta puerta de la biblioteca, Bobo entró y despertó a la señora Verdugos con sus ladridos. Al percatarse que Federico yacía inmóvil y hediondo en la sala, el perrito buscó la protección de Ninoska. La sirvienta lo seguía e intentaba evitar que el pequinés molestara a su patrona.

En su cuchitril, Priscila oyó los ladridos de su animalito. Monótonos y distantes, se fundieron a sus imágenes de ensueño. Con su largo hocico y su ligeramente puntiaguda lengua, el perro le separaba las nalgas en el curso de una noche lluviosa.

Mojados, varios murciélagos se posaron en la ventana para observar cómo la lengua del cuadrúpedo se introducía indistintamente en la vagina o ano de Priscila. Ya a punto de experimentar el primer orgasmo, la jovencita se colocaba en posición de reverencia y el pequinés le metía un cilindro más parecido aun gusano invidente que a un pene. En sus momentos de flaqueza sexual, la muchacha le chupó el falo al canino y le indujo más erecciones para que la falotara.

Después coronaría nuevos orgasmos.

Priscila salió de su cubículo, corrió por el pasillo y frenó en la biblioteca. Ahí Ninoska y Rosana trataban de calmar a Bobo. Bastó que ella interviniera para que, instantáneamente, el perro cesara su histeria. Lo abrazó, lo besó y le susurró al oído: «fue tu rival quien murió»

–¿Qué le murmuras? –indagó Ninoska.

–No seas curiosa, mamá –criticó.

Sucesivamente, los enterradores de la DanteFuneraria tocaron el timbre de La Cimarrona.

Ninoska envió a Rosana para que abriera.

–Si no son los sepultureros, échalos –aseveró la señora Verdugos. ficientísima, la sirvienta comprobó la aparición de los funerarios. Resolvió dejarlos pasar. Los invitó a sentarse frente al ataúd [en la más amplia de las butacas de vidrio] y volvió junto a Ninoska: –Si son los que presumió, patrona –comedida, explicó.

–Diles que entren –sugirió Ninoska.

–Ya lo hice.

–Entonces, que me esperen: iré en seguida...

Disparatadas, las aves que evacuaron en vuelo sobre las cabezas de Montalva y Bioy Cepeda retornaron a la sala. Instintivamente, los vivos y muertos se escudaron con sus antebrazos. De un extremo a otro, las codornices volaban y coordinaban sus movimientos.

–¡Pretenden malograrnos! –aterrado, gritó uno de los hombres. ra asombro de los enterradores, las gallináceas [una docena] se establecieron en el pecho de Flavios. Al ver cuanto sucedía, Rosana asió una escoba y persiguió a las codornices hacia el traspatio. Desde el recibidor, apenas se oían los improperios que la criada profería a los pajarracos.

–Fallidamente, he querido fulminarlas –contrariada, adujo Ninoska a los intrusos–.

No puedo explicarme por qué invaden esta casa en pena...

–Vinimos a llevarnos el cadáver, Doña –fue explícito uno de los indivisibles–. El director del Diario La Capital canceló por adelantado nuestros servicios. ¿Ya velaron al muerto? –Claro que sí, claro –dijo al estilo de su hija, la viuda de Flavios–. Deben enterrarlo ya. No tolero tanta pestilencia.

–Perdone que se lo diga: ¿cómo se atreve una viuda expresar asco por su esposo? Si no respeta a los extintos, ¿a quién distingue Ud.? –A Ud., miserable filosofacto, no tengo por qué dar explicaciones respecto a mi conducta, aclaró Ninoska–. Estúpido y desalmado Ud. por haber elegido el oficio de inhumador. Como si la muerte fuese un parto, los harapientos como Ud. procuran purgar sus culpas venerándolos...

Indignado, el empleado cho se levantó de la butaca y le lanzó un escupitajo

a Verdugos.

Suerte que ella esquivó y el esputo cayó en uno de los ojos de Federico.

Los colegas del iracundo sepulturero lo aprehendieron y lo sacaron de la residencia.

Absortos, no se dieron cuenta de la reaparición de las codornices que, ya sin obstáculos, orinaron y defecaron encima de ellos. Las palabrotas retumbaron. Prendieron el carro fúnebre y se esfumaron.

—Se han ido —asomada por una ventana, chismeó la sirvienta con Ninoska. VII] la mañana siguiente, en su oficina del Diario La Capital Tomás Bioy Cepeda se enteró de lo acontecido. Luis Montalva y él habían contratado a la Dante Funeraria para que se encargase de transportar al difunto y sepultarlo en el camposanto Jardines de Quietos. En cuanto al pésimo embalsamamiento practicado a Flavios, pagado por sus admiradores de Provincia de Palmas, nada se podía remediar.

«—Los muertos hieden porque están obstinados —habría comentado Tomás a sus periodistas—. No entiendo por qué Ninoska no tolera tanta pestilencia en su casa. Ella, acaso, ¿se ufanará de no expeler malos olores?» El Director del Diario La Capital, exasperado, solicitó a su secretaria que llamase, urgentemente, a la familia Flavios Verdugos. En La Cimarrona —trasnochada y acostada en una de las butacas apostadas alrededor del fallecido— Priscila ingería vino. transparente y apretada blusa amarilla no impedía la liberación de sus provocativas pezones. El resto de su vestimenta era un minúsculo y blanco [de hilo] pantalón incapaz de ocultar sus nalgas. Hasta hacía perceptible su podado Matorral de Venus.

El audiofonovocal repiqueteaba y la chica, empalagada de licor, reía alocadamente. Bobo—cuyo nombre solía dejar pensativos a quienes lo conocieron— dormía patas arriba a su lado.

Rosana agarró el teléfono.

—Ud. se ha equivocado —sentenció la sirvienta Bioy Cepeda—. En La Cimarrona no somos retenedores de cadáveres. El señor que menciona —dueño de la residencia— viajó a Provincia de Palmas. Su esposa, la Doctora Verdugos de Flavios, está indispuesta. Por último, sépalo, la Señorita Priscila retozaplácidamente con su perro en el sofá... ¡escuchar aquel discurso, Priscila soltó un incontenible carcajada. El pequinés despertó sobresaltado y gruñó a Federico Flavios.

—Excelente, claro que es excelente tu oratoria —enfaticó la joven—. Me gustó tu parlamento...

Meditativa, la criada fue al depósito de herramientas y extrajo de un baúl un serrucho.

Volvió a la sala y le dio el instrumento a Priscila quien, ebria y risueña, no cejaba su empeño de libar vino.

El ambiente enrareció. Con la sierra en la mano derecha, la muchacha se levantó del sofá y redujo la distancia entre ella y el muerto. Diestra, tomó el pene de su padre y lo segó. Ansiosa, de inmediato chupó el inermey pútrido falo en un intento por lograr que eyaculara. Frustrada, lo cedió al hambriento Bobo. Una ráfaga de viento frío y neblinoso entró a La Cimarrona e invadió sus confines.

También las codornices se internaron en la casa y devoraron los vestigios de los miembros esparcidos por el piso. El audiofonovocal no paraba de sonar.

[Priscila y el pequin ya no están en la sala. La sirvienta toca la puerta de la habitación de Ninoska. Sostiene un plato con pan dulce que incluye una tacita de café] Ninoska abrió y se abstuvo de aceptar el panque –amorosamente– la empleada le traía.

Todavía protestaba la podredumbre que lesionaba su olfato.

-Rosana–pronunció semidormida–: hoy me auxiliarás para resolver el problema del hedor.

-En la sala ya no está el Señor Federico –perpleja, argumentó la sirvienta.

-¿Dónde está?

-En La Cimarrona no, Doctora Verdugos.

-Alguna de nosotras debe saber su paradero. Anoche Priscila no durmió y se mantuvo junto al muerto.

-¿No?

-Se emborrachó.

-Dile que venga a mi recámara. Anda...

-Haré lo que ordene, mi patrona.

Rosana diligenció los deseos de Ninoska. A paso voluble, llegó al cuchitril de Priscila. Lavio inmersa en la lectura del Diario La Capital. Eufórica, leía en voz alta la noticia del descubrimiento de un nuevo fósil: el Protoavis,

hallado por un grupo de investigadores encabezado por Sankar Chatterjee.

Mediante el estudio del Protoavis, los científicos fortalecían la Teoría Evolucionista del Hombre. Eufórica, la muchacha gritaba y afirmaba que el Protoavis [Dinosaurio Ave] era el eslabón perdido de su familia.

-Tu madre necesita hablarte -la desanimó la criada. ¿Qué quiere?
-preguntó la otra disgustada.

-No sé...

-Por favor, Rosana: dile que la esperaré en el patio trasero, en la cima de la montaña.

Sin conjeturar, Rosana fue de nuevo a la cabaña de Ninoska. Le dio el mensaje de la chica y retornó a sus labores domésticas.

Intrigada, la Señora Verdugos se puso de pie y se vistió con su bata de baño. Salió al patio y observó a su hija trepar el pequeño cerro. La siguió.

En la cúspide, Priscila esperó a Ninoska: la viuda se extasiaba con las fresas silvestres y algunas vacas [ahí abundaban, igual, los helechos, saltamontes y los pinos]. El frío era recio, pero la neblina se disipaba. Tres lanudos gatos se divertían con las perdices.

Obsedida por la idea según la cual sus padres eran descendientes directos del Protoavis de Chatterjee, y, por consiguiente, capaces de volar, Priscila empujó a su madre hacia el bismo. Abajo, un empedrado riacho la aguardaba. De Francesco FURINI [VIII] a situación de La Cimarrona empeoró ante la opinión pública. Después que el cadáver de Federico fue traído a Meseta Alta, no hubo velorio alguno ni cortejo fúnebre. Además, su parcela en el Jardín de Quietos no tenía epitafio y se aseveró que estaba vacía. A esa irregularidad se sumaba otra: la abrupta desaparición de Ninoska Verdugos de Flavios, la malhumorada.



Los hechos, agigantados por los rumores y las denuncias que tanto Bioy Cepeda como Luis Montalva formularon en la Policía Nacional, indujeron a

los gendarmes a intensificar las investigaciones. Gracias a las experticias, el organismo judicial halló a la Señora Verdugos en el riacho. Devorados parcialmente por los buitres, los restos no eran nada odoríferos. En un radio de cinco metros, las plántulas secaron sus hojas y yacían sin vida miles de diminutos saltamontes. Según el testimonio de los campesinos, la pudrición se captaba a un kilómetro de distancia. Citado por funcionarios del Departamento de Inteligencia Policial [DIP], el juez Nuncio Siqueiros autorizó el allanamiento de La Cimarrona. Fue cuando –asediada– las irvienta de los Flavios sugirió a los gendarmes que buscaran el cuerpo de Federico en Provincia de Palmas. Luego, Rosana se negó a dar detalles sobre las actividades y conducta de Priscila [asistida por un hermano abogado, se acogió al Precepto Constitucional que prohíbe a los funcionarios obligar a los sospechosos a emitir declaraciones bajo presión o que los inculpen]. Víctima del descontrol nervioso, Priscila Flavios Verdugos fue hospitalizada en la Clínica Ethos. Súbitamente convertida en huérfana y única heredera de la fortuna de Federico, la joven pidió la lectura del testamento de su padre.

Persuadidos que el fallecimiento de Ninoskase debió a un acto suicida, los policías preguntaron a Priscila si sabía cuáles fueron las causas de la nefasta decisión de su madre de voluntariamente transmutarse a la muerte.

Intoxicada y aturdida por el exceso de vino, la chica rehusó conversar con ellos.

Esequiel La Papo, su ginecólogo, quien trabajaba en la Clínica Ethos, dramático como todos los médicos, la protegió del acoso de los curiosos con licencia y de los periodistas.

«Está delicada -advertía-. Podría abortar» Posteriormente, la Sección de Homicidios de la Policía Nacional envió un grupo de detectives a Provincia de Palmas. Harían esfuerzos por desentrañar el Caso Federico Flavios.

Por haber dicho a los pesquisas que buscarana su patrón donde tenía una casa de playa, Rosana fue acusada de agavillamiento para secuestrar el cadáver del novelista.

«-Un muerto no puede salir del lugar donde yazga para caminar con sus propios pies

-iracundo, razonaba Tomás Bioy Cepeda mediante una editorial del Diario La Capital-.

Aunque los supersticiosos opinen distinto, los auténticos cadáveres no gozan ni siquiera de Personalidad Jurídica. ¿Han sabido de alguno que haya adquirido una casa?» Ocho meses más tarde, la Policía Nacional admitió que fueron fútiles sus indagaciones en Provincia de Palmas. Abandonaron

el caso y la sirvienta, única detenida hasta el momento, fue liberada.

Resentida por la indiferencia de Priscila hacia ella, partió hacia otra ciudad. Aún recluida en la Clínica Ethos, Priscila exhibía su avanzada preñez: y Esequiel La Papo, quien no la descuidaba, mostraba preocupación por las características del bebé. Muchas veces, repitió los ecocoronogramas y observó cómo un desproporcionado tronco se preparaba para romper la placenta. Adherido a los testículos de la criatura, parecía ser un falo con rasgos de tallo. En la Clínica Ethos, a Priscila le llegó la noticia según la cual varios [no identificados] pirómanos prendieron fuego a La Cimarrona. Bobo, devenido en cazador de ratas y gatos para alimentarse, así como de codornices e iguanas, murió calcinado.

Incompetente, la Policía Nacional no capturó a los responsables. Abstrusos, los gendarmes se limitaron a caminar encima de las cenizas sin encontrar indicios de ninguna clase.

Conmocionada, la muchacha sintió fortísimos dolores de parto. Presto a salir, el bebé golpeaba las paredes del útero con aquel tronco e intentaba perforar la placenta.

No transcurrieron tres minutos. Conducida a la sala de partos, Priscila vomitaba y se contorsionaba sobre la camilla. Esequiel –yatrajeado de interventor quirúrgico– se presentó con una instrumentista. Una auxiliar de enfermería había desnudado completamente a la chica. Al mate, mi amor –cariñosamente, le recomendaba su ginecólogo–. No tardará demasiado en venir el niño. Pujá, vamos, ¡pujá con fuerza! [IX] Los especialistas en ginecología, malformaciones congénitas, obstetricia, el Consejo Directivo y las enfermeras de la Clínica Ethos acordaron mantener en secreto el nacimiento del bebé que tenía por pene la estatuilla de un hombre capado. No fue difícil atribuir aquella carita de reptil y cuerpo de antropoide a Federico Flavios, el escritor cuyo cadáver jamás apareció.

Por votación unánime, el Consejo Directivo de la institución decidió custodiar el fenómeno humano: y ello pese a que se arriesgaban a ser enjuiciados en caso de trascender el acontecimiento a la Opinión Pública. La Policía Nacional –siempre atenta a las eventualidades para salir del tedium sin enmendar los problemas– arruinaría sus carreras profesionales.

Federico nunca imaginó que su cabeza haría las funciones de un glande; que su boca sería el orificio del conducto urinario de un niño sexualmente precoz [Imbécil, nombre elegido Priscil] que disfrutaba al batir su estatuilla en evidente acción onanista] Los doce hombres que integraban el equipo de médicos –quienes felices y celosamente guardaron el secreto del advenimiento de Imbécil– fueron juramentados por Priscila como los apóstoles de la criatura en santa hora concebida.

Imbécil, que acumulaba semanas sin defecar, gestaba en su recto una especie de Universo: cada día, las placas fotográficas ilustraban más nítidamente la creación de casi microscópicos sistemas solares con planetas, agua, oxígeno y seres vivos.

Descartadas por obsoletas, las discusiones respecto a las teorías Creacionista y Evolucionista del Universo y del Homo Sapiens resucitaron en boga. El nacimiento de Imbécil –clandestinamente revelado a los entendidos– dividió a los científicos de la República de Pathos en dos enjambres: unos sostenían que la existencia de una criatura con un hombrecillo [estatuilla] por miembro era una invención de los charlatanes de Meseta Alta y, con más adeptos, los proclives a aceptar cuanto luzca Divino o paranormal.

Irremediablemente, la información escapó de las cofradías de médicos y fue difundida en los diarios de mayor circulación del país.

Racionalista, Luis Montalva declaró al Diario La Capital «que él creyó en Dios hasta la noche cuando surgió frente a él y acusó de idiotas a quienes admitían su existencia...» Otras opiniones, menos o más serias, encendieron la reyerta.

Más tarde, en provecho de la polémica, los representantes de la Iglesia Católica optaron por calificar de herejes a los científicos que confirmaron la noticia del nacimiento [o resurrección] del verdadero Mesías. Pidieron al gobierno nacional la suspensión de sus licencias para el ejercicio de la medicina y encarcelamiento. Lanzaron advertencias a «los débiles de espíritu» que eran persuadidos con nuevas y nefastas tesis russellianas.

Bertrand Russell, perseguido y execrado por los cristianos, conjeturó que si Dios creó todas las cosas era bueno y malo al mismo tiempo. Por ello, los curas de Meseta Alta, deprimidos por las especulaciones de prensa, recordaron a Russell y amenazaron con excomulgar a sus lectores.

Lo cierto es que de ciudad habitada por gente apacible y cortés, Meseta Alta se transformó en palestra donde venían a debatir personas de múltiples disciplinas y lugares de la bienaventurada República de Pathos.

La Clínica Ethos ya había eliminado sus actividades corrientes y los apóstoles de Imbécil –fieles a un juramento reciente– se dieron la tarea de enseñar los mandamientos de catequesis que Priscila dictaba en representación del bebé: la promiscuidad, incesto, poligamia, homosexualismo, lesbianismo, bisexualismo, travestismo, hurto y crimen eran fundamentales para la salvación de la especie. Hipnotizados, los feligreses se amontonaban y oían los sermones matutinos. X] Recién elegido presidente de la República de Pathos, Ignacio La Bitácora ofició

la confiscación inmediata de Imbécil y Priscila.



Las inagotables quejas de los clérigos, la profusión de estafadores en Meseta Alta [cobraban altísimas sumas de próceres impresos por medallas y retratos bendecidos con semen del niño] y la ensordecedora polémica desatada por los medios de comunicación lo obligaron a intervenir. La carta -rigurosamente solemne- fue entregada al Ministro de la Justicia por uno de los guardaespaldas del primer magistrado. Según los rumores del ambiente político, era imperativo que el gobierno asumiera la responsabilidad de esclarecer los hechos y de enfrentar la contingencia. He aquí el oficio presidencial: «Señor, doctor, Excelentísimo René del Látigo ministro de la Justicia Su Despacho En uso de las atribuciones que me confiere la ley, le ordeno la confiscación inmediata de Priscila y su hijo Imbécil. Hoy, ambos se hallan bajo la arbitraria custodia de unos cuantos desalmados autodenominados Apóstoles del Niño Dios.

A los trece días de un mes y año ilegibles. Por la Patria: Ignacio La Bitácora Presidente de Pathos» Jurista y político destacado en el país, René del Látigo convocó a una reunión urgente a todos sus colaboradores. En su propio despacho, escogió a tres personas de reconocida competencia para que investigasen los pormenores ligados a la aparición de Imbécil. A su vez, esos funcionarios delegaron sus encomiendas a empleados menores. Cartas selladas y firmadas por jefes subjefes iban y rebotaban de una oficina a otra. Meses después, el ministro contrató los servicios de una empresa privada experta en hacer encuestas.

En una ciudad de más de diez millones de habitantes, la empresa encuestadora agotó un año en la elaboración del documento en el cual recomendaron al gobierno que rectificara. El amor del vulgo por Imbécil sobrepasaba lo estimado y, sin dudas, la confiscación perjudicaría la popularidad del Presidente. Para la mayoría de los ciudadanos de Meseta Alta -y otras capitales de los Estados de Pathos- Imbécil era Dios reencarnado en una criatura monstruosa. No hubo santuario familiar que no encabezara su fotografía. Famosos músicos y poetas compusieron piezas a Priscila, la Reina de las Madres, y también al onanista cuyo tamaño y facciones el tiempo no alteraba.

Tomás Bioy Cepeda había mantenido la ecuanimidad característica de su Diario La Capital. Inclusive, publicó interesantes reflexiones de ya mohosos autores como Eduardo Von Hartmann. Lúcidamente, Von Hartmann dijo que «las funciones psicológicas de la vida vegetal pueden ser excitadas por medio de rayos luminosos de gran fuerza, ya sea valiéndonos de la electricidad o reacciones químicas; que algo de ello sucede también con el Hombre: un niño de cuatro años, por ejemplo, puede alcanzar el desarrollo de un sujeto de treinta ...» [Leplant, André: Botánica Oculta. Basada en las teorías de Paracelso.

«Ediciones Esotéricas», Estado Argentino de Pathos. Sf.] La médium Mis D' Esperance, Hartmann, Chaij, Prabhupada, Tavernier y otros eran desempolvados para llenar las páginas científicas del diario La Capital y los websites. Ya Luis Montalva -para muchos el más cínico y fachudo de los editores de Pathos- se había enriquecido con la novela póstuma de Flavios intitulada El Fallo de Dios. históricamente acomodaticia, la Iglesia Católica cambió su opinión en torno al descubrimiento de Imbécil y procedió a buscar entrevistas con sus apóstoles para pactar. Igual, los adoctrinados de las múltiples cofradías políticas suplicaban audiencias y se hincaban ante el niño para besarle su erguido pene.

El Presidente de la República de Pathos

-comprometido para ayudar al candidato de su partido político en las elecciones en ciernes- legalizó la secta Los Hijos de Imbécil y declaró día de asueto nacional la fecha del nacimiento del niño. XI] En Provincia de Palmas, un grupo de jóvenes universitarios veía cómo la resaca traía a tierra almejas y un cadáver que enfadaría a los apóstoles de la Clínica Ethos. El mar rugía, la arena estaba caliente y plagada de caracoles.



Intensísimo, el sol amenazaba con carbonizar cuanto se moviera en la superficie. Empero, los mozos, prestos a satisfacer la urgencia de castigar sus pieles, se echaban desnudos sin prevenir la insolación.

Uno de los muchachos exclamó al conocer al muerto: «-Es el escritor Federico Flavios, envuelto en una finísima capa de cobre»-maravillado, reiteraba-. Otro -quien cursaba Paleontología- aseguró que se trataba de un fósil. Lo palpó y -emocionado- gritó: «Es el slabón perdido». Su

conjetura denotaba sentido: Flavios, milagrosamente intacto y petrificado, tenía alas. «¡Es el eslabón perdido!» -al unísono, vitoreaban-. Avisemos a los periodistas y a la Policía Nacional!».

Federico era un dinosaurio con alas y cara de Flavios. Un par de solitarios testículos indicaban que fue hombre. Entretanto, una multitud rodeó al muerto: y, celosos, los descubridores lo salvaguardaban con sus espaldas. Por suerte, no tardaron en llegar los corresponsales de los más influyentes diarios e inspectores del Departamento de Homicidios de la Policía Nacional.

-¡Despejen el área, por favor! -ordenaban los gendarmes-. Nos llevaremos al fósil...

Algunas cámaras fotográficas fijaban las imágenes en sus ocultos negativos, los menos escrupulosos recogían almejas y los comunicadores sociales entrevistaban a los jóvenes universitarios que hallaron la «joya paleontológica». En procesión, las demás personas seguían al automóvil forense que transportaba el cuerpo de Federico Flavios. a sensacional noticia recorrió la República de Pathos. Y, mientras en Provincia de Palmas celebraban el acontecimiento, en la Clínica Ethos los apóstoles advertían algo novedoso en Imbécil y Priscila: inexplicablemente, ambos empezaron a irradiar luz. Era la primera vez que esos seres mostraban pruebas más confiables de sus orígenes divinos. El corresponsal del Diario La Capital logró realizar impecables fotografías.

A la mañana siguiente, cuando el Diario La Capital circuló, varios escépticos, antañocientíficos admirados en Pathos, experimentaron un malestar sin precedentes.

Reunidos [resentidos] en la Plaza de los Próceres, diseñaron un ambicioso plan para develar la farsa de aquellos autodenominados «apóstoles» con licencia de un gobierno demagogo y nefasto. El Escuadrón de Científicos Ajustos [con ese nombre se registraron en la Notaría Pública] se encargó de asesinar a los más prominentes Hijos de Imbécil y reductos de médicos defensores de la impía doctrina. Por otra parte, la campaña electoral por la presidencia de Pathos comenzaba con espeluznantes acusaciones al gobierno en ejercicio.

Enemigos de los eufemismos, los opositores denunciaron como criminal y encubridor del Escuadrón de Científicos Ajustos al primer magistrado.

Contrario al gobierno, Tomás Bioy Cepeda estimuló en el Diario La Capital a los partidarios de la renuncia y juzgamiento del equipo ministerial y a Ignacio La Bitácora.

Los calificaban como incompetentes, corruptos, pacatos, demagogos y traidores de las causas nacionales. En ocasiones irascible y fuera de su

palco, el presidente envió a la Policía Nacional a las oficinas del Diario LaCapital para intimidar al director y sustrabajadores. obardes [fachudos] por tradición, los intelectuales se ubicaron en un punto neutral o anodino: no intervenían en la reyerta política y esperaban los resultados de la misma para luego, lógicamente, apoyar al triunfador.

Respecto a la secta Los Hijos de Imbécil, tales exhibían una actitud ambivalente: y los menos calculadores empleaban el humor negro para «salvarse de la irracionalidad que socavaba la reputación de la República de Pathos».

Frustrados pentecoteses, rezonas a sueldo y borrachitos, en caravana, asistieron a la celebración de los cinco años del nacimiento de Imbécil. Jubilosos, los feligreses de la nueva y de viejas religiones entonaban cantos de exaltación y veneración al Niño-Dios.

Entranfe [*], fueron vistos hasta los candidatos a la presidencia de Pathos. XII] En Meseta Alta, ninguno previno la salida de un Sol tan endemoniado. La algarabía por el quinto aniversario del nacimiento de Imbécil había devenido en sospechosa calma. Por doquier se divisaban promontorios de vacías botellas y latas de alcohol, colillas de cigarrillos de marihuana, vacíos recipientes plásticos de coca e inyectoras con residuos de heroína. La ciudad olía a licor, nicotina, coito, excremento, orina y malos presagios.



Aquél alba, los guardianes de la Clínica Ethos [arqueros dotados con envenenadas flechas] no imaginaron que pronto un aciago e inesperado suceso revelaría cuán tabúes eran Priscila e Imbécil.

Un centenar de hombres del Escuadrón de Científicos Ajustos, encapuchados y trajeados de negro, penetró en la institución y redujo a muerte la resistencia de los [médicos] apóstoles. Con hachas, «ajusticiaron» a Imbécil y amordazaron a Priscila para luego huir llevándose el masacrado estómago de Imbécil, uno de los atacantes sacó un portátil condensador de energía. Otro filmó los crímenes y un tercer indivisible fotografió cada uno de los episodios del allanamiento del «pesebre» vuelto patíbulo. Y, en el umbral de la Clínica Ethos, atornillaron

una lámina de oro donde

-en altorrelieve y minúscula letra-imprimieron el siguiente epitafio: «AL DEMIURGO IMBÉCIL Aquí, en este hospital vuelto patíbulo, Encima de un objeto fatuo y [reemplazable; Aquí, en la Clínica Ethos, Un niño que Divino fingió ser A hachazos murió: Imbécil ha muerto, Dios de los necios y descerebrados...» Durante semanas, los desorientados habitantes de la República de Pathos enfilaron frente al hospital para leer lo que consideraban ofensas. Nadie se atrevió a entrar al lugar y recoger a los occisos. Desde las ventanas, vieron cómo los gusanos consumían los impávidos cuerpos de Imbécil y sus apóstoles. Los cadáveres expelían microscópicas partículas de materia hedionda que se adhería a las vestimentas, casas, piedras y árboles. En rarecidas corrientes de aire propagaban la pudrición por las calles, ríos, lagos y el mar.

Con su filmación y sus fotografías, el Escuadrón de Científicos Ajustos logró convencer a los indecisos: igual que su madre, Imbécil irradiaba luz por virtud de un [condensador] acumulador de energía inserto en su vientre. Pese a que la novísima Ley de Asuntos Urbanos prohibía la inoculación de construcciones por más de seis meses, transcurrió el tiempo [años] sin que la Clínica Ethos fuese reutilizada o derribada. El esqueleto de Imbécil se llenaba de telarañas, nidos de cucarachas, mariposas negras, musgo y polvo. Ratas, serpientes y murciélagos vivían pacíficamente en el hospital. De los millones de creyentes, sólo veinte fanáticas personas todavía se arrodillaban frente a una ventana desde la cual escrutaban los restos óseos del que creyeron Niño-Dios.

Una mañana excesivamente fría, cuando la nieve descendió de las montañas a la ciudad por primera vez, el metálico esqueleto de Imbécil irradió luz. Sobre los vestigios de la enmohecida Clínica Ethos, brotó. Como los hombres no tuvieron memoria ni religión, los hijos de quienes fueron nietos de los hijos de los veinte seguidores lo fundieron para forjar utensilios de uso diario en una civilización emergente. XIII] Despegaba un siglo y en Meseta Alta los habitantes perdieron la memoria. Porque los animales irracionales se habían extinguido, víctimas de inabolibles pestes, los hombres se volvieron foliápagos. Ninguno sabía algo del pasado inmediato a las epidemias.

Instintivamente, olfateaban las plántulas y distinguían las venenosas. Podían hablar, es cierto, empero, sin manejar la escritura.

Abandonaron sus ropas de confección moderna y, trajeados con telas de cáñamos, emigraron a Provincia de Palmas. Buscaban mejor clima, mayor visión horizontal y al Sol.

El azar y el instinto lograron llevar a los millones de mesetaltianos hacia las costas donde el viento –quizá cansado de soplar– era el pergamino invisible sobre el cual lo perpetuo tenía faz de escritura. a en Provincia de

Palmas los inmigrantes no encontraron humanos ni especies de animales.

Las cangrejos, almejas y los caracoles nosurcaban la arena. En los arrecifes seacumulaban desperdicios plásticos y algunas personas afirmaban haber oído aleteos decriaturas que no identificaban, y quevelozmente volaban a ras de la superficiemarina. Inexpresivos, los forasteros se instalaron en áreas circundantes a las playas.

No los precedía la Historia ni el Concepto dePropiedad Privada. Convivían sin conflictos.

Las tareas estaban demarcadas como lasabadías en los tiempos de la expansión de lasdoctrinas religiosas: los machos recolectabanlas hojas para la alimentación y las hembrascuidaban a sus crías.

Si un ente con inteligencia pierde su memoria,es decir, sus conocimientos, ¿por cuál causaha de preocuparse por el origen de un idioma o ruina? Esa elucubración parecía resumir elcomportamiento de los mesetaltianos. No seinterrogaban respecto a lo que veían:fecaban, orinaban, se procuraban refugios,pero, no indagaban ni reflexionaban a partirde cuanto los desaparecidos pobladores deProvincia de Palmas dejaron. Eran híbridosde una post-civilización, una mezcla de serestorpes e inteligentes.

¿Qué ocurrió a la República de Pathos? ¿Quépeste fulminó a los provinciapalmianos? ¿Porqué ellos no murieron como los demás? No inquirían. Respiraban, se comunicaban enbase a sonidos que surgían de signosignorados.

Los mesetaltianos rehusaban ocupar lasdesoladas construcciones de concreto.

Tampoco curioseaban. Sólo Hs, hijo del queapodaban Fisgón, fue sucesivas veces a la ciudad a recorrer las asfaltadas calles y aexaminar el interior de las residencias.

Fisgón –quien no habló jamás– acostumbrabasentarse a la orilla del mar y al pie de uncocotero. Los mesetaltianos le obsequiabanomida y se miraban en sus ojos que eran espejos. Ante él, recitaban: «Soy un hombre sin pretéritoA quien los ojos de Fisgón la puertaCon un reflejo infame cierra.

Soy el que no advierteCuánto la Causa Primera es abominable»XIV]Hs, de quince años, fablistán para la mayoría de sus paisanos, atribuía a su padre dones queninguno se atrevía refutarle: la videncia,ubicuidad, memoria del pasado y santidad.

Para el muchacho, por temor y desconfianza,Fisgón guardaba el conocimiento de lapalabra escrita. «Mi viejo lee los signos impresos en el

viento» –repetía Hs a los mesetaltianos–. «Me legará su sabiduría» Al cambio de las cosas, en Provincia de Palmas no hubo novedad. La gente insistía en reproducirse, en retroceder a una existencia cada vez más primitiva. Como el cerebro siempre ha determinado las mutaciones físicas, los hombres se volvieron velludos y fuertes. En cambio, Hs mostraba mayor fragilidad y sus brazos se transformaban en alas. En los días cuando sobre el mar aparecían los cadáveres de quienes construyeron y habitaron el mundo –en nombre de Fisgón, predijo el fablistán–. El Hombre recordará el pasado del Hombre.

Los excrementos suplirán a las aguas e inundarán los territorios. Los átomos se acelerarán y producirán una inimaginable explosión en el espacio. Retornarán los animales irracionales, las aves, las aguas limpias, el oxígeno, los árboles y el vástago pródigo de la Causa Primera. Y, una vez más, las aberraciones del hijo destruirán al mundo» Los mesetaltianos empezaron a sentir pánico.

A la orilla del mar, Fisgón prolongaba cada día más sus sueños. Despertaba poco y miraba a Hs a quien –sin pronunciar palabras– dictaba diseños. Las nubes se esfumaron y no se percibían las estrellas.

Los inmigrantes creían vivir en las entrañas de un gigantesco saco de piel. La penumbra los mantenía insomnes. Repentinamente, tuvieron que aceptar la partida de Fisgón. El anciano dormitó y no quiso despedirse.

Hs –que ya lucía plenamente alas– cremó el cuerpo de su padre y, en vuelo, esparció sus cenizas en el centro del mar. Contra los límites, vertiginosamente, ascendió y atravesó la «pared» de piel.

Las aguas no sirvieron para navegar o bañarse y, poco a poco, formaron un vasto charco de excrementos. El aire se puso irrespirable, las plantas secaron sus raíces y los recuperaron definitivamente la memoria.

Moviéndose suavemente hacia la orilla, encima de la superficie, numerosos cadáveres flotaban. Sin prisa, la resaca los traía a tierra.

Se oyó un estrépito y una tormenta de partículas fecales precipitó. Presas del horror, las mujeres gritaban e intentaban proteger a sus criaturas. Oscureció aún más y los hombres se atascaban en los empantanados caminos. Los mesetaltianos veían cómo fabulosas hachas hacían incisiones a la piel que envolvía a Provincia de Palmas.

Sucesivas veces, las armas penetraron la atmósfera hasta que lograron reventarla. El estallido se produjo. Los llantos, el ruido y la materia se expandieron hasta el infinito. XV]

-El Universo es detrito –en un discurso órdago, fanfarroneó Federico Flavios–. Los astrónomos y los físicos aducen que cuanto vemos y palpamos

surgió de una súbita e inexplicada explosión.

-¿Detrito, eh? - interrogó el profesor Juvenal Mentevacua y miró al resto de sus alumnos.

Tranquilos, Tomás Bioy Cepeda y Luis Montalva intentaron vitorear la intervención de Flavios. Cual si sus dedos tuviesen emplasto en las puntas, Mentevacua no podía desprender las manos del escritorio. Apenas movió la cabeza en señal de escarnio y refutó: «-El Universo no es detrito. Han de saber, modorros de malas lecturas: lo existente fue invención de Dios. No importa cómo lloamen en la India, en Europa o en Sudamérica: Dios es el único creador de lo perceptible [palpable] e inaprehensible. Los físicos y los astrónomos son unos lunáticos: ahora, hasta se atreven a declarar que el Universo se expande. ¿Algunos de ustedes oyó una mocedad mayor?» Tomás -el más listo entre los estudiantes de Filosofía y Letras- lució corajudo e interpuso:

-Esta es una de las universidades más antiguas y famosas del mundo. En mala hora Ud. habla con razones teológicas. Dios es un disparate de fabuladores que buscan persuadir a los ignorantes y servir a los cretinos...

Enfurecido, Juvenal [al fin] despegó sus dedos de la empolvada superficie y protestó las palabras de Bioy Cepeda:

-Es Ud. un mozalbete y un canalla. Yo soy el Doctor Mentevacua, su profesor, y Ud. me irrespetas: ¡Salga del aula! desataron dispersos reclamos en los presentes. Indignado, Luis Montalva quiso desacreditar todavía más al catedrático:

-No sólo Dios es un disparate, señor -recio, acusó-. Ud. , igual, es un fiasco. Epicuro -quien sostuvo que el átomo es indestructible- no habló de algo para siempre imperceptible.

Si a raíz de la invención del microscopio el Hombre otorgó la razón a Epicuro y confirmó ineliminable del átomo, los sistemas solares no tuvieron Principio ni tendrán Fin...

-Dios es el concepto del Principio y el Fin -iracundo, volvió a replicar Juvenal-. Es el imperio de lo perceptible, la dilucidación escrita en el viento... No blasfeme y váyase de aquí... ¡Váyase! Casi al mismo tiempo, los alumnos lanzaron sus libros y cuadernos contra Mentevacua y lo espetaron. El barullo le provocó taquicardia académica que -sin aliento- se desplomó encima del escritorio. Satíricos, afuera Montalva, Tomás y Federico recibieron a sus compañeros y los invitaron a compartir un confite.

[XVI] El reloj marcaba las dieciocho horas cuando el grupo de estudiantes entró al Inebriated Bar. Situada en el Parque Los Museos y al centro de La

Capital, era la principal cervecería de la República de Pathos.

Amontonados en diez máquinas derodamiento, los rebeldes muchachos invadieron la acera frontal al establecimiento de diversión y descendieron entonando improvisadas canciones. Luis comandaba alexaltado enjambre:

-¡Penetrad, filosofastros! -ordenó en alta voz.

Federico, que vino en el automóvil de Bioy Cepeda, vio a una chica extraña a la Escuelas de Filosofía. Se acomodó el bigote y averiguó con Montalva:

-¿Quién es esa chica? ¿La impactante que va trajeada de verde o la deleznable cuyo hocico se asemeja a un sapo?

-preguntó su amigo.

-La virtuosa que va trajeada de verde...

-Su nombre es Princesa Danubios. Es hermana de una de nuestras compañeras de clases.

-Me placera conocerla. ¿Podrías presentármela?

-De inmediato, caballero...

Montalva -hijo de Ismenia Bofia, presidente de una compañía editora de revistas frívolas- caminó hacia Princesa y la saludó con un beso. Detrás de él, Flavios le extendió la mano y no esperó ser anunciado:

-Mi nombre es Federico Flavios. Desde hoy, soy un ex-estudiante de Filosofía. Abandoné los estudios formales para dedicarme a [estudiar] leer e idear ficciones sin estorbos...

-¿Eres escritor? -coqueta, inquirió Danubios.

-Cuasi. Tienes que saber que Montalva, hijo prodigo de editores prolijos, inaugurará su propia empresa con mi primer libro. Es verdad -los interrumpió Luis-. Todavía es un novelista. Pero, tiene talento y yo me enriqueceré con sus atrocidades.

-¿Cuál es el título de ese libro? -recusó Princesa.

-La Logia -parco, formuló Montalva.

[Están sentados alrededor de un mesón armado con varias mesitas al modo de los rompecabezas. Beben cervezas y se cruzan chanzas los unos a los otros. Oyen una música fuertemente mozartiana] Aturdido por el

exceso de licor, Tomás se levantó e informó a los [drogadictos]borrachos presentes:

-No volveré a las aulas [me asquean esos profesorcitos que se emplastan las manos para hablar sin despegar los dedos de los escritorios]. Mi padre acaba de jubilarse de sumatutino. Seré el nuevo Director del Diario La Capital. ¡Ah!, también mis mejores amigos, Flavios y Montalva, dejarán los cursos formales. Luis será el editor de Prometeo; es decir, de Federico...

Elevaron las jarras, extrajeron narcóticos de sus bolsillos, y, en señal de complicidad, brindaron en honor a los disidentes. A las veintidós horas, el Inebriated Bar apagó la música mozartiana y echó a los revoltosos. XVII] En el Inebriated Bar, Flavios había pactado una cita romántica con Danubios. Era una nueva noche y –antes de buscar a su conquistada– Federico telefoneó a Bioy Cepeda:

-Avisa a Luis –mordaz, susurró mediante el audiofonovocal celular–. Nos encontraremos en la cabaña clandestina, a las veinte horas.

Lleva la filmadora.

-¿Está buena? -curioseó Tomás.

-Está bonísima...

-No cometerás errores, ¿eh?

-Pierde cuidado.

El escritor abordó el Lantigua negro que su padre legó cuando ingresó en la muerte. Años atrás, un derrame cerebral lo abatió. Pese a cargar con el peso de una década de uso ininterrumpido, el coche funcionaba sin fallas lamentables. Recogió a Princesa en el arque Los Museos, atravesó la ciudad y tomó una de las autopistas.

-¿Adónde me llevas?

-desconfiada, indagó la Danubios.

-No te preocupes –trató de engañarla Federico–. Te divertirás...

De improviso, Flavios disminuyó la velocidad y aparcó en el hombrillo de la pulcramente pavimentada carretera. Como era anchísima, los choferes desarrollaban increíbles velocidades al volante de costosos vehículos. Circunstancia que ayudó a Federico a ejecutar sus planes. Sacó una dagay un pedazo de mecate de la guantera.

Emplazó a Princesa, que denotaba asombro:

-Ataré tus manos -impuso-. Voltéate...

Vestida con unos cortísimos pantalones y un chaqueta de piel azul, la moza obedeció.

-Por favor, no me hagas daño -suplicó.

-Si no gritas, sobrevivirás -propugnó el palurdo. Las nalgas le brotaban por los bordes del menudo pantalón. Como no portaba sujetadores, los pechos se entreveían por la escotada blusa. Federico le vendó los ojos.

-Si me prometes que no gritarás, no taparé tus jugosos labios con cinta adhesiva -morboso, indicó Flavio.

-No me hagas daño -no cesó de rogar la atemorizada mujer.

-Silencio... Debes permanecer callada.

El desalmado puso en marcha la máquina de rodamiento y se desvió por un empedrado camino. Los arbustos casi clausuraban la vía y

-constantemente- las serpientes eran aplastadas por los neumáticos. El corazón de Princesa forcejeaba con las costillas para salir del área torácica. El envalentonado falo de Federico lo incomodaba: caliente y rígido, le impedía conducir perfectamente. Luego de diez kilómetros, el rufián divisó la cabaña y bajó las luces. Pensó que ni un demente viviría por esos lugares. El monte era espesísimo y por todas partes los gatos salvajes y las hienas merodeaban. Llegó y se sorprendió al ver el automóvil de Tomás estacionado enfrente.

-Estos carajos son eficientes -dijo para sí mismo.

-¿Quiénes? -presa del llanto y el terror, investigó la Danubios.

No hubo respuesta. Flavio detuvo el antiguo, apagó las luces y quitó la venda a Princesa. Espigaditos y encorbatados, Montalva y Bioy Cepeda salieron como cangrejos tras sus víctimas.

-La ayudaré a bajar, Señorita -libidinoso, expuso Luis y le abrió la puerta.

-Seré el desflorador -cínico, encaró Federico a Montalva.

-El azar decidirá -refunfuñó Tomás. Lentamente, Montalva le rasgó la blusa a Danubios para morderle los pezones. Furiosa, ella le esputó la nariz y pidió auxilio [en ese apartado sitio, nadie la escucharía]. Luis tenía un sable en su mano derecha. La colocó en decúbito y -golpeándole las

nalgas- le bajó elshort. Afloró un hermosísimo trasero.

Enloquecido por los deseos, se sacó el falo:pero, Flavios lo apartó agresivamente y abortósu acción.

-Lo haré primero -severo, estableció y blandiósu pene.

Bioy Cepeda le pasó una capucha [tipopasamontañas] de seda negra y Federico, yatrajeado de secuestrador, intentó falotrarla.

Tuvo dificultad para hacerlo. Optó porlamerla y lubricarla con su saliva. Despuéspudo lograr su propósito.terteriormente, igual Tomás y Luis la violaronencima del tierra. Se turnaron tanto a la chicacomo a la cámara filmadora y el foco deambientación. Ni siquiera la desataron. Laluna llena hacía más perceptible la presenciade búhos, gatos y cucarachas.

Al fin, desataron a Princesa y la ocultaron enla cabaña. Estaba desnuda de la cintura haciaabajo. Para filmar mejor sus rebosantes senos,le desprendieron definitivamente la blusa.

Vencida y meditaabunda, se veía maravillosa.

Los murciélagos se posaban en las ventanas ymiraban cómo los forajidos proseguían lajuerga con cervezas frías y vino.XVIII]Princesa fue desechada en un pozo séptico endesuso. Con filosas dagas, al amanecer loshombres le cortaron el cuello. No sufrió antesde morir. Su cuerpo aumentó el volumen delos despojos que formaban un promontorio decadáveres en el fondo: osamentas deadolescentes la víspera ultrajadas y asesinadaspor la trilogía.

-Me darás una copia del film -exigió FedericoFlavios a Tomás, el encargado del revelado.

-Yo también deseo una -en tono de quienanuncia un réquiem, dijo Luis.

-Estamos muy borrachos y burlones -advirtióBioy Cepeda-. Necesitamos dormir. Nosiremos a las nueve horas.

Los gatos salvajes saltaron hacia lo profundodel pozo séptico. Hambrientos, buscabantajadas frescas de la carne aún tibia derincesa. Asustadas, las lechuzas cabalgabanencaramadas sobre los felinos y -en tácitaarmonía- compartían el botín. Ya el Solempezaba a salir por los distantes peñascos.

Atraídas por el olor de la sangre, pululabanlas cucarachas y hienas.

Los antiguallas durmieron. Aparatosamente,Tomás se levantó de su cama y pateó a suscompinches. La música de del flautista Tull,grabada en el

reloj despertador-cafetera, le advirtió que ya era hora de regreso. Mientras Luis y Federico se incorporaban, el café estuvo listo.

Bioy Cepeda guardó la cámara filmadora y la lámpara de ambientación en un estuche especial.

[Minutos más tarde, Flavio enciende el motor de su Lantigua. En tanto que Montalva aseaa el piso de la cabaña, Bioy Cepeda calienta su moderno (deportivo), Ford. Avesde diversos colores y tamaños sobrevuelan los automóviles. Es una mañana soleada y las iguanas corretean a los insectos encima del pasto] Dos vehículos emergieron de un empedrado camino y retomaron la autopista Costa Sur. El Lantigua era conducido por Federico Flavio y el Ford lo piloteaba Tomás Bioy Cepeda, quien iba en compañía de Luis Montalva. XIX] La primera página del Diario La Capital desplegó la asunción de su nuevo y jovencísimo [21 años] Director, Tomás Bioy Cepeda. Ofrezco –íntegramente– la salutación: «Hijo de Josué Bioy Juan, inmigrante inglés, Tomás tiene por misión modernizar el diario –elucidaba el Jefe de Redacción en una editorial–. Tanto el equipo de periodistas como el personal técnico y administrativo lo recibimos con regocijo. Y, a Don Bioy Juan



-patrono honorario y vitalicio desde hoy- le deseamos una feliz jubilación...» La fotografía de Tomás cubría media página con la descripta [salutación] leyenda al pie.

Más abajo, al extremo derecho, destacaba un boletín según el cual la Policía Nacional husmeaba una serie de plagios de muchachas.

Los habitantes de la ciudad manifestaban estupor por las frecuentes desapariciones de chicas.

Blanco, barbado, de cabello liso y rasurado a la altura de las orejas, sin bigotes y mirada triste, Tomás se apersonó en el ex-despacho de su padre y levantó el audiofonovocal:

-Hola, ¡hola!, soy Montalva: ¿quién me llama? - investigó su amigo.

-Bioy Cepeda, el Director - apesgado, explicó el otro.

-El Director... ¡Ah!, muy bien. El nuevo Director, ¿eh?

-Denunciaré los crímenes, sus crímenes, logiaviesos...

-Broma pesada la tuya, bastante pesada.

-Olvídalo, Luis: sólo necesitaba decirte que me retiraré.

-¿Irte de La Logia?

-Sí: llama a Flavios y cuéntale. Dile que lo invito a cenar. Los esperaré en el Inebriated Bar, a las diecinueve horas.

-Entendido. Ederico andaba contento por la aceptación que los lectores prodigaron a su libro. En apenas dos meses, tuvo una inesperada y sorprendente venta. Algunos editores extranjeros le ofrecieron contratos para traducirlo y numerosos críticos se atribuían el hallazgo de su talento. Firmó con portugueses, chinos, ingleses, franceses, italianos y alemanes la publicación de La Logia en sus respectivos idiomas.

[En el Hotel Las Perdices, suena el teléfono del escritor. Flavios lo acerca a su oído:

-Oye, pillo -apresurado, habla Luis-: nos reuniremos con Bioy Cepeda a las diecinueve horas en...

-En el Inebriated, Bar -termina la frase su interlocutor-. No hay mejor divertimento...

-Es importantísimo. No faltes.

-¿Me pagarás los Derechos de Autor esta noche?

-No es punto de agenda para hoy. Sin embargo, te llevaré cien mil próceres impresos británicos: cantidad sustanciosa, ¿no?

-Ya que no es punto de agenda, es una suma aceptable por un rato... Ja, ja, je...

-¿Qué harás con ese dinero?

-Gastarlo en libros, buena comida, vinos...

-Excelente. Nos veremos a las diecinueve horas] Los audiofonovocales no

transmitieron más.

El reloj de Federico señalaba las trece horas.

Salió de la habitación y caminó en dirección al comedor del hotel. XX] Sucedió la insospechada desintegración de La Logia. Ninguno solicitó casación y bebieron vino para sentenciar la fractura [formal] de los códigos secretos. No planeaban más violaciones sexuales ni venderían películas.

Acabarían las infames matanzas y las juergas de adolescentes. Iniciarían otra etapa: más [púdica] pública, limpia, moral; el episodio de quienes están obligados a defender lo establecido. A los compradores de films [esdecir: a los adeptos de La Logia] determinaron ordenarles el suicidio.

Semanas después de aquella histórica reunión, hubo suicidios colectivos en la República de Pathos. Jóvenes y viejos de ambos sexos, fieles a los dictados de la trilogía, se rociaron gasolina y se prendieron fuego en las afueras de las capitales.omás Bioy Cepeda se encargó de escandalizar a la población con la nefasta noticia de los suicidios. El Diario La Capital tituló -a ocho columnas- lo acaecido y difundió media docena de fotografías de los calcinados cuerpos. La Policía Nacional desacuarteló a todos sus funcionarios. El Ministerio de Relaciones Interiores pagó comunicados de prensa y el Presidente -encadena de televisión- lamentó lo ocurrido calificándolo como un «enrarecido incidente que enluta a venerables familias...» Federico Flavios fue arrestado en Provincia de Palmas, sitio donde adquirió un chalet para desahogarse de la metrópolis. Un atolondrado juez -que había leído La Logia- diligenció su captura con los detectives adscritos al Departamento de Inteligencia Policial. Por supuesto, Tomás asumió su incondicional defensa mediante el Diario La Capital. Las librerías se abarrotaron de chismosos en busca de la novela y las agencias [amarillistas] internacionales de noticias alarmaron a sus sectores de varios países con la absurda detención.

Abogado bien famoso entre los mesetanos, Albertus Montalva fue contratado por Flavios para que introdujera un Habeas Corpus y una acusación de «Nudo Hecho» contra el ignorante magistrado. El Consejo de los Jueces destituyó al temerario jurista y fue obligado a pagar medio millón de dólares impresos norteamericanos a Federico por los daños y perjuicios ocasionados.

Según sus confidencias, decepcionado de La Capital de Pathos, Flavios se iría a vivir a Meseta Alta donde tenía una vieja casa al cuidado de una sirvienta. Fría y tal vez la más conservadora de las ciudades del país, Meseta Alta solía servir de «retiro espiritual» para personalidades. Pese a su autoexilio, Luis y Tomás se comunicaban frecuentemente con él vía transmisión cuántica [INTERNET y también celular] XXI] El tiempo fatigó

sus meses y Federico



-envuelto en un sobretodo de piel- caminabapor una céntrica calle. Una densa neblinaobstruía la visión de los transeúntes. Variosgatos reñían por una hembra y emitían loscaracterísticos y espantosos chillidos quesuelen desconcertarnos en las madrugadas.

Llovía.

El ensimismamiento de Federico al andar leprovocó una colisión: En la Esquina delVidente, una mujer salía de una casa y él laatropelló.

-Discúlpeme, señorita -rogó el reptil-. Soy un hombre muy distraído...

La chica lo miró fíjamente a los ojos. Parecíadesafiarlo:

-¡Maldito está mi destino! -exclamó ladesconocida-. ofuscado, hace pocos minutos parapsicólogo rne advirtió que al salir desu consultorio me toparía con Ud.

-Estoy muy apenado; por lunático, me cargolíos -repitió Flavios la excusa. Pero, ¿cuál essu nombre?

-Ninoska Verdugos...

-Es hermoso y se ajusta a Ud.

La joven abominó esa especie de tedéum quelos machos ofician a las mujeres paraseducirlas. Bajó la cabeza, evadió las[majaderías] galanterías del escritor ydesenfundó una cajetilla de cigarrillos.

-Me gustaría ir a un cafetín con la muchachamás linda de Meseta Alta -risueño, diligencióFederico-. ¿Acepta Ud.?

-Sí... Pero, dígame: ¿Es Ud. el escritorFederico Flavios? -discernió la Verdugos.

-¿Cómo supo? ¿Leyó mi novela?

-Jamás he leído algo suyo. Me fue revelado por el parapsicólogo.

-¿No bromea Ud.? Añadió que Ud. prepara un nuevo libro: El Falo de Dios...

Presa del estupor, Flavios la sujetó por un brazo y la condujo hacia su Lantigua que estaba estacionado frente al Palacete del Gobernador.

La lluvia arreciaba. Maripositas buscaban el calor de los postes de alumbrado y los murciélagos chocaban volitivamente contra los noctívagos. XXII] Una semana después de haberla conocido, el escritor le pidió a Ninoska que aceptase casarse con él. Aparentemente [ilusionada] deslumbrada, la mujellera rechazó la convencional boda eclesiástica e insistió en un matrimonio civil sin la profusión de invitados ni opulencia. Nuncio Siqueiros -el juez más popular de Meseta Alta- los uniría en un modesto restaurante cerca de un hangar. Larazón: venían Luis Montalva y Tomás Bioy Cepeda en un avión privado. Eran los únicos convidados de Federico.



Por su parte, la Verdugos [huérfana, sin hermanos y con dispersos y apáticos primos] únicamente solicitó la presencia de supersuapsíquico [*] A escasos minutos de la firma del [registro] Libro de Actas, piloteado por Tomás, el avión de Don Josué Bioy Juan aterrizó. El propio lavios fue con su Lantigua a recoger a sus amigos. Mientras conducía, notó que numerosos mesetaltianos se habían atrincherado en los extremos de la carretera.

No dio relevancia al asunto y llegó sin novedad al hangar.

-Hermoso el avión de tu padre -aduló Pederico a Bioy Cepeda al estrecharle la mano-. ¿Podré comprar uno algún día?

-Sí podrás -aprobó Tomás-. Ja, ja, je... Tienes que impeler a tus editores para que aumenten el tiraje de tu novela, nada más...

-Eres un majadero -pareció disgustarse Montalva-. En este país, ninguno

ha tenido, en tan poco tiempo, la difusión que Flavios...

-Sin reyertas, por favor, emplazó el anfitrión.

Hoy es el día de mi boda. Mi novia pensará que son unos maleducados...

-¿Quiénes estarán en el restaurante? -alunísono, preguntaron Luis y Bioy Cepeda-

¿Tus suegros? Aparte de ustedes, un parapsicólogo cuyo nombre todavía ignoro. Ninoska no cuenta con sus padres.

-¿Por qué? -interrogó Montalva-. ¿No te aman? ¿Deploran tus ideas?

-Están muertos -parco, refutó Federico-. A ellos, a los occisos, no les agradan los matrimonios...

Las carcajadas retumbaron en el hangar.

Abordaron el Lantigua y partieron velozmente.

Cuando iban hacia el restaurante, fueron apedreados por la turba de hombres, mujeres y niños atrincherados a los costados de la ruta.

Endemoniadamente, Flavios aceleró para evadir los impactos en tanto que los vidrios del automóvil crepitaban en el aire.

Aparte de arruinar las ventanas y el parabrisas, lograron aporrear la carrocería.

Aturdidos, arribaron al restaurante.

Acompañados de un [uniformado] rda espaldas. El juez Siqueiros, quien los esperaba, los recibió en la entrada. XXIII] La ceremonia consistió en lo siguiente: Nuncio Siqueiros abrió el Registro de Nacimientos y Matrimonios y -sin aspavientos- les ordenó que firmaran [a los contrayentes y a los testigos, por supuesto] Luego, rechazó el almuerzo y marchó con su enclenque guardaespaldas. El gerente del local cerró todas las puertas de acceso y puso música de John Lennon. Sirvió la primera botella de vino italiano.

-¿Adónde vive el señor Fisgón? -curioso seó Luis y miró a la recién casada.

-Aquí, en Meseta Alta, al centro de la ciudad

-respondió Ninoska.

-¿No habla?

-Está físicamente imposibilitado para hacerlo.

Un sicario le cortó la lengua.

-Pero... ¿Por qué? -interrumpió Tomás. Durante varios segundos, se mantuvieron en silencio. Flavio, sorprendido por las confidencias de su esposa, nervioso se paró de la silla e ingirió vino. Calmado, el parapsicólogo escrutó a los presentes.

Obsesiva y fijamente, escrutó a Ninoska.

Algo le decía con la mirada o -quizá- telepáticamente. Ella asintió con la cabeza y expuso:

-Me ha dicho que ustedes fueron apedreados.

-¿Cómo se enteró? -sin sentarse, investigó Federico-. ¿Cómo te lo reveló si no emitesonidos?

-Explícame primero -desvió el tema la Verdugo-. ¿Por qué los apedrearon? El gerente y dos empleados aparecieron con cuatro platos repletos de mariscos. Los compinches del escritor no se opusieron a Ninoska. Igual querían enterarse de las causas del odio de los pobladores.

-Está bien -claudicó Flavio-. Les contaré. Espero que los mesoneros se alejaren.

Después, inspirado, comenzó a narrar cuanto sabía: «-Mi bisabuelo -el General Temístocles Flavio- gobernó en Meseta Alta durante más de veinte años. En 1890, fue derrocado y asesinado por El Libertador Bribón. En mi casa -La Cimarrona- guardo varios retratos suyos al óleo. Estaban firmados por Josué Fisgón. ¿Habrá sido ascendiente del señor parapsicólogo? » Ninoska intentaba examinar los ojos de Fisgón, que estaban ocultos tras unos anteojos oscuros. El viejo se los quitó y - estupefactos - todos comprobaron que tenía espejos por pupilas. Súbitamente asustados, Montalva y Bioy Cepeda dejaron caer sus copas al piso y se pusieron de pie.

Aún consternados, volvieron a sentarse y terminaron de comer sin dialogar. Federico y Ninoska llevaron a los invitados a la Esquina del Vidente y al hangar, respectivamente.

Media hora más tarde, aparcaron en La Cimarrona. Ahí iniciarían la luna de miel. XXIV] En Meseta Alta, los campesinos contaban la leyenda según la

cual habría sido un cocodrilo el padre del Dictador Temístocles Flavios.

En días decimonónicos, Dalila, madre del gobernante, y bisabuela de Federico, enviudó.

Como era ninfómana, se habituó a dormir en compañía de un reptil. Éste - confinado en la hacienda que precedió a La Cimarrona- optó por cargarse a la desconsolada y aún jovendama. Sus sirvientes, testigos de las sucesivas y ruidosas fornicaciones de aquella mujer, propagaron el chisme entre los mesetalianos y los turistas. Prosperó la leyenda y, cuando Temístocles alcanzó el poder, fue apodado «Tirano Emidosaurio». Coincidentemente, la afición del General por esos animales fortaleció las conjeturas respecto a su impío origen.

En orden generacional, los ascendientes de Federico ostentaron el mismo hocico oblongo los reptiles. Los mesetalianos, atentos a las eventualidades, al verlo conducir el Lantigua recordaron las andanzas del Dictador con cara de cocodrilo que fustigó

-sin piedad- a una población aldeana y de costumbres religiosas: inocua y servil, emperono estúpida. Sin comunicarse, cooperar ni departir con nadie del vulgo, el escritor se pavoneaba con su máquina de rodamiento y provocaba el desenfado de los lugareños.

El apellido, las facciones y la petulancia incorregible del intelectual eran motivo de desagotables rumores en aquella caricatura de metrópolis. Federico -similar a cualquier aristócrata pathosiano- disfrutaba al cerciorarse que en las comarcas el chisme y la intriga ayudan a purgar pasiones civiles e impiden conflagraciones mayores.

Se sabía que el bisabuelo de Federico vino al mundo en parto de gemelos. Y que el reptil que saciaba a su ninfómana esposa moriría lapidado [y apaleado] por un enjambre de ampesinos. Animal apacible e inteligente, la había inevitablemente falotrado con su característico miembro bífido: dobles fueron sus placeres, dobles sus eyaculaciones e infinitos los orgasmos de Dalila.

Luego de cada dificultosa y obscena relación, Dalila -descendiente de un prócer de la Independencia- rogaba desesperadamente la ayuda de una de las criadas para levantarse del lecho. El sémen del cocodrilo propendía a cristalizarse, obligándola a acelerar e intensificar sus abluciones. Hubo momentos en los cuales se vio en la necesidad de introducirse unos pequeños [carroñeros] gusanos, azules y lanudos, naturalmente hábiles para consumir bacilos patógenos y también microorganismos no transmisores de enfermedades.

Mientras los gusanos espermatófagos le purificaban su cavidad vaginal, Dalila se emborrachaba y dormía encima en el lomo del extraordinario

animal llamado Palo de Horqueta.

Una Navidad -la víspera del nacimiento de Temístocles y tras el descuido de los criados a los cuales se les permitió libar, Palo de Horqueta se fugó de la Hacienda del Prócer.

Sin permiso, formó fila en un grupo de feligreses que celebraban una fiesta conocida como Paradura. Un centenar de personas [hombres, mujeres y niños] desfilaron con velas encendidas tras la imagen de Jesucristo bebé. Dócil y apto para convivir entre seres humanos, el emidosaurio lamía cariñosamente a los mozalbetes y permitía que jugaran con su dentadura.

Al percatarse de la presencia del reptil, un astuto ladrón de santuarios se apropió de la figurilla del Niño Dios [de oro macizo] y escapó sin ser visto. Desde lo alto, la procesión se percibía informe. Uno de los devotos advirtió el hurto y gritó: ¡Se han llevado al Hijo de Dios! Palo de Horqueta -quien se desplazaba cerca del santuario- fue señalado como el culpable por las roñosas mujeres que habían organizado la procesión, y que afirmaban haberlo visto tragándose el fetiche. No valió que intercedieran en su favor los conmovidos mocosos: una manipulada turba de fanáticos religiosos lo apaleó sin piedad para luego lapidarlo. Seguido a lo cual, con un machete, le hicieron una incisión en el vientre.

Infructuosamente, le hurgaron las vísceras. XXV] Uno de los gemelos que parió Dalila fue hembra y -según consta en el archivo de la morgue de Meseta Alta- murió a puñetazos momentos antes que se produjera el alumbramiento. Temístocles -que después procrearía a la madre de Federico- era el bebecida y sobreviviente.



Pero: ¿qué importancia tenía esa macabra historia? Federico Flavios acababa de casarse, se había residenciado firmemente en Meseta Alta y su esposa Ninoska Verdugo estaba embarazada. Asimismo, cuando vinieron Montalva y Bioy Cepeda, invitados especiales a la boda, recibió un millón de dólares impresos norteamericanos de manos de su amigo y editor. Luis invirtió su fortuna en la firma de un contrato para la publicación de El Falo de Dios, que Flavios todavía escribía. Ciertamente: ningún otro asunto revestía mayor importancia por cuanto la trama se develaría la Causa

Primera de las aberraciones del mundo.

En un lapso diez años, Montalva recibiría los originales del libro. En caso de incumplir lo pactado en el contrato, Flavio devolvería el millón, con sus respectivos intereses, y cinco adicionales por los perjuicios que le hubiere ocasionado a la empresa editorial. Ello fue

-tres lustros posteriores- motivo de discordias en los aparentemente inseparables amigos. Gracias al pasante Esequiel La Papo -más tarde devenido en un magnífico profesional de las especialidades de Obstetricia, Ginecología y Malformaciones Congénitas en la Clínica Ethos [probablemente la mejor de Meseta Alta]- Niniska experimentó un embarazo sin trastornos. Con una dieta en base a frutas y vegetales, la doctora Verdugos vio transcurrir sosegadamente los nueve meses. a República de Pathos se volvió una nación económicamente pujante y tuvo resonancia mundial por sus destacados escritores y científicos. Y, entre los libros más comentados y leídos en muchos países, La Logia -de Federico Flavio- mantenía incólume su vigencia y aumentaba progresivamente su demanda. Incluso, el más autorizado y reputado de los críticos norteamericanos del diario The New York Times dijo que La Logia encabezaba la lista de las novelas más sorprendentes y descarnadas de este siglo: y, hasta la calificó como la más notable de los últimos cincuenta años. XXVI] Para quien se guarnece en la tesis según la cual no hay una Causa Primera que rijamos, palpamos, sentimos y experimentamos, el nacimiento de Priscila no sería un suceso digno de buscar un palco.



Empero, si sólo viniésemos al mundo a morir y acumular ignorancia, seríamos lo suficientemente importantes y merecedores de ovación.

Menuda y hermosa, Priscila Flavio Verdugos surgía. Era una criatura sin una causa consciente, una mujer en decurso, la futura dama sin cuyos dones divinos nunca habría formulado la admonición de Dios.

-¡Preciosa niña! -feliz, exclamó Esequiel La Papo-. Tómala en tus brazos...

Emocionada, Ninoska lloró al verla.

Parcialmente cubierta con un pañal blanco de ella, Priscila lucía una abundante cabellera y límpida piel. Buscó los senos de su madre y chupó.

Algunas perdices entraron al recinto donde estaba reclusa y -en formación militar- se posaron en el vértice de la cama. Una de las aves emitió un rarísimo canto. Luego emprendió vuelo. Desde los cielos de Meseta Alta, parecía notificar la irrupción de Priscila al resto de los animales.

Perros, gatos, murciélagos, gallinas, iguanas, lechuzas, todos... Se acercaron -de prisa- a la Clínica Ethos. Priscila había nacido y estaban cercanos los años del advenimiento de Imbécil. En la Esquina del Vidente, Fisgón escribía: «LA MADRE DEL DEMIURGO Ha llegado al Mundo de la Luz La mujer que madre será Del niño a quien Dios confinó la Recámara Expansiva: La Causa Primera del hurto, El Crimen, sodomia, discordia, Miseria y la incoerción circular.

Maldito será el fruto Que tu vientre engendrará.

Malaventurados serán los moradores Y adoradores del santuario Del falso Mesías...» XXVII] En Meseta Alta se afirmaba que Fisgón [el único parapsicólogo merecedor de crédito tanto entre los campesinos como los pobladores urbanos] vino al mundo mediante una semilla. Cuando en Pathos prosperó la tala de los bosques, promovida por los industriales de la madera, un obrero encontró en una corteza de pino un pedazo de vidrio reflejo. Su forma era similar a una semilla de nispero, pero, más voluminosa.



Rápidamente, sus colegas lo lisonjearon en pantomima descarada para arrebatarse lo que creyeron un magnífico diamante.

El capataz de la compañía de taladores se acercó y -circunspecto- musitó:

-Confiscaré la piedra.

Enardecidos, los taladores intentaron oponerse. No tardó el capataz en blandir el látigo. Su habilidad para fustigar pudo más que la

impetuosidad de los fornidos. Con violencia, abrió surcos a tres sórdidos rostros. Los demás se acobardaron porque el jefe también portaba un arma automática de repetición.

-Son unos desobedientes -enfilándose frente a ellos, reprochó el mandón.

Apenas terminó la frase, se presentó el titular de las concesiones y buscó enterarse de lo ocurrido:

-¿Cuál demonio los ha poseído -ronco, preguntó el tipejo.

-Uno de los trabajadores halló una piedra y, exceptuándome, todos opinan que es un diamante -informó el capataz-. Han reñido conmigo, porque decidí confiscarla y lanzarla al fango: allá hay un pozo...

El jefe natural señaló un charco de arena movediza. El Presidente [titular de las concesiones] de la compañía asintió con la cabeza. Encendió un tabaco y vociferó:

-Tienes razón al quitarles la piedra. Estos son unos individuos byronianos: aventureros, trágicos, ilusos e incapaces de elucubrar positivamente. No puede un árbol de poda engendrar un diamante.

-Entiendo, señor -aprobó su interlocutor y subalterno.

-Dame la pieza.

El presuntuoso hombre sacó de su bolsillo una fonda y la cargó con el objeto. Segundos después, lo disparó acertadamente hacia el pozo...

Refunfuñando, los obreros retornaron a sus actividades. El capataz prendió un tabaco y fumó. Mientras los taladores fulminaban al tiempo con hachazos, la semilla se hundía lentamente en el barro. Obra de Miss VANXXVIII] De las entrañas del pozo emergió un hombre viejo, ciego y cuyas pupilas eran dos redondos espejos. No hablaba e, irguiéndose sobre la arena movediza, caminó hacia donde una meseta tiana cosechaba zanahorias.



-¡Mujer, desnúdate! -severamente, le ordenó.

La robusta campesina no podía explicarse cómo aquél anciano lograba mirar a través de los espejitos. Tenía numerosas arrugas y su cuerpo parecía el caparazón de un molusco.

Retrocedió y enfrentó al desgraciado con sumachete:

-¿Qué te sucede?

-¡Desnúdate! -insistió el viejo, en tono autoritario.

La ordinaria mujer rehusó y le asestó un machetazo a Fisgón que, sin esfuerzo, squivó y la apretujó contra su pecho. El infando no exhibía ropas; pero, sí un fallo puntiagudo e impertinente.

Hubo un ligero forcejeo. Luego, filetes de falda y pantaleta caían al piso. Ella [de aproximadamente cuarenta años] se desplomó semi desnuda encima de un bulto de zanahorias. En forma grotesca adherido al cuerpo de la fémina, el persuapsíquico meneaba la cintura.

-¡Déjame, por favor: déjame! -le suplicaba la señora.

El jadeo de Fisgón era análogo al de un perro.

La falotrada lo mortificaba con rasguños y cabezazos.

-Cálmate -le susurraba el bastardo al oído-.

Es menester que engendres a Hs, mi hijo, a quien legaré mis conocimientos. Cuando la señora comprobó que el atacante no abría la boca para hablarle [es decir: cuando se percató de su poder de transmisión telepática], aflojó sus músculos y el fallo del clarividente se introdujo en su vagina con facilidad.

-Fornicación se llama la Causa Primera del Universo y Fornicación cuanto lo destruirá

-sentenció Fisgón al eyacular-. Pródigo aquél por cuyo furor Hs resucitará para ascender al cielo. E, impía la mujer que niegue aposento entre sus piernas al miembro del vidente.

Ante el discurso del violador, la campesina relajó sus esfínteres y defecó. Salpicado de excrementos, el parapsicólogo se levantó y musitó: -

-No lo pierdas. Abona la tierra de los sembradíos con el fruto de tu glorificado cuerpo. Maestro: estoy avergonzada -confesó la dama y se tapó la cara con las manos-. Fue Ud. tan encantador, tan diestro; yo, en cambio,

fui la aguafiestas.

Una vaca se aproximó a ellos y olfateó a Fisgón. Por primera vez en su vida, el animal vio cómo era su nariz [los espejitos del parapsicólogo habían reflejado su imagen] Su hocico producía sonidos indescifrables. La mujer se incorporó:

-La he domesticado -advirtió acomodándose el cabello-. Puede Ud. emplearla a su antojo.

Obedece sin reparos. ¿Se irá, maestro...?

-Esta vaca me transportará hasta el centro de la ciudad -dijo Fisgón-. Allí arrendaré una casa. XXIX]

-Oye, Tomás, ¿eres tú? -inquirió Montalva mediante su inalámbrico audiofonovocal.

Bioy Cepeda se echó hacia atrás y la flexible butaca le respondió perfectamente. Sostenía su teléfono celular con la mano derecha.

-No te equivocas, lunfardo -respondió al fin.

-Urgentemente, necesito hablarte.

-Hazlo. Te escucho...

-Será en privado. Estoy en mi despacho y hay personas en derredor.

-Si te place, nos veremos esta noche: en el Inebriated Bar, a la hora propicia.

-Único sitio donde podemos decidir asuntos de trascendencia.

Intranquilo, Tomás salió de la Sala de Redacción del Diario La Capital. Sus periodistas lo siguieron hacia la calle para recibir, de prisa e irregularmente, algunas pautas.

-Tendrán que entrevistar al Ministro de la Hacienda Pública, al Presidente del Banco Central y al Ministro de las Concesiones

-estableció Bioy Cepeda el plan de trabajo y abordó su deportivo Ford.

La ciudad estaba suprahabitada. Los edificios se erguían cual soberanos sobre los transeúntes que, furtivos, se perdían por las calles y avenidas. A los extremos de la Autopista Múltiple, las plántulas ornamentales lucían

secas: derruidas por el verano y los escupitajos de los conductores.

No había pájaros, riachuelos, ni seres humanos: era la metrópolis de los espectros, de aquellos para quienes vivir consiste en respirar bajo toque de contaminación. Una carretera se elevaba encima de otra que, a su vez, permitía un techo de pavimento igualmente transitable. Los postes de alumbrado acumulaban señales para peatones y máquinas de rodamiento. Los gatos se [¿suicidaban?] ahorcaban con los cables telefónicos y de corriente alterna. Los perros realengos escarbaban en los depósitos de basura.

-Esta ciudad hiede -pensó mientras conducía.

En su residencia, su esposa y sus dos hijos lo esperaban felices. Ella jugaba cartas con una amiga y los mocosos se divertían golpeando las paredes con martillos. La mascota -un perro pastor alemán de un metro de alto- hurgaba en los estantes de la cocina.

No quiso almorzar y fue a dormir. Le pidió a su compañera que lo despertase a las dieciocho horas. Se sentía agotado [y agobiado] por los problemas del diario. Igual su angustia iba en aumento: le inquietaban los encuentros urgentes con Luis. No deseaba perder su prestigio a causa de las acciones de la Trilogía de Logiaviesos. Despierta, Tomás -le acarició la cabeza a su esposa.

Sin pronunciar palabras, Bioy Cepeda se levantó y caminó hacia el cuarto de baño. Sedujo, se vistió un poco más paucamente que de costumbre [corbata negra, camisa blanquísima, saco y pantalón azul oscuro] y abordó su vehículo.

Al arrancar, captó a sus hijos asomados por los [a martillazos] obstruidos postigos de su habitación. Por su parte, el perro pateaba los marcos de las ventanas y ladraba. En el umbral de la puerta principal, su cónyuge lo despedía junto a su amiga.

Entró al Inebriated Bar y oyó la música mozartiana que solía poner el gerente. Al fondo, en una mesa para dos, Montalva bebía una cerveza. Desde ese confin, Luis percibía borrosamente a su secuaz. Parsimonioso, Tomás se acercaba. Siéntate -impaciente, pugnó el editor.

-¡Estás sobresaltado! -exclamó Bioy Cepeda.

Montalva ejecutó un [casi] disimulado movimiento con su mano izquierda y pronto apareció un mozo con otra cerveza:

-Esa es tuya -parafraseó sin apartar su incisiva mirada de las orejas de

Tomás.

-Habla sin rodeos -exigió su interlocutor.

-Inimaginados sobrevivientes de La Logia me persiguen y hostigan. Sedientos de aberraciones, quieren que tú y yo regresemos a las violaciones y los filmes.

-Y Federico, ¿él no?

-Los fanáticos sostienen que hizo revelaciones en su novela.

-FIN-